

XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 2013.

Tres dimensiones, un itinerario: José Luis Romero según la izquierda nacional.

García Moral María Elena.

Cita:

García Moral María Elena (2013). *Tres dimensiones, un itinerario: José Luis Romero según la izquierda nacional*. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/642>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

**XIV Jornadas
Interescuelas/Departamentos de Historia
2 al 5 de octubre de 2013**

ORGANIZA:

Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras

Universidad Nacional de Cuyo

Mesa 76

Los usos del pasado en la Argentina: producción historiográfica y debates colectivos acerca de la historia nacional (1850-2010)

Bisso, Andrés y Cattaruzza, Alejandro

**TRES DIMENSIONES, UN ITINERARIO: JOSÉ LUIS ROMERO SEGÚN LA
*IZQUIERDA NACIONAL***

García Moral, María Elena

FFyL y FCS - UBA

maegm@yahoo.com.ar

<http://interescuelashistoria.org/>



Introducción

En 1933, José Luis Romero (1909-1977) pronunció una conferencia en Santa Fe, que conocemos con el título de *La formación histórica*, en la que reflexionando sobre la crisis conjugó concepciones que articularon su labor historiográfica posterior como la vocación por la historia universal, la complejidad como principio de reconstrucción histórica y la importancia de la conciencia histórica en tanto proyección existencial del pasado.¹ Bajo la impronta –no sin discrepancias- de José Ortega y Gasset y, en menor medida, de Georg Simmel, asomaban el antipositivismo, el historicismo, el optimismo y la comprensión como el designio de la historia. Por otra parte, fueron frecuentes sus cambios y/o anexiones de intereses: desde la historia antigua -la romana de su tesis doctoral-, pasando por la historia medieval, hasta sus inquietudes por la historia argentina y latinoamericana, y por la historiografía y la historia urbana.

Si bien la formación académica de Romero transcurrió en la Universidad Nacional de La Plata (UNLP), donde estudió la carrera de Historia obteniendo los títulos de profesor y de doctor e inició su carrera como docente universitario; no es menor la trascendencia de la formación humanística que recibió de su hermano mayor, el filósofo Francisco Romero, que lo colocó en una tradición liberal de lecturas y le aportó un singular capital cultural y relacional. Tal es así que, con sólo veinte años, Romero escribió en la revista *Nosotros* un artículo con motivo del fallecimiento de Paul Groussac,² buscando filiar en él su obra futura como historiador y a la vez tomar distancia de la Nueva Escuela Histórica (NEH). Tanto la búsqueda de una genealogía en la historiografía argentina como la polémica con la NEH articularon su recuperación de Bartolomé Mitre como historiador y como político,³ en una operación que tampoco fue ajena a la vinculación ideal pero inadmisible de Romero con Vicente F. López. En cierta forma, se trataban de búsquedas por defecto en el marco de su ensayo de una vía original de hacer historia.⁴

¹ Romero, José L., (1955), *La formación histórica*, Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral, pp. 5-27 (3^o edición).

² Ídem, (1980), “Los hombres y la historia en Groussac. 1929”, *La experiencia argentina y otros ensayos*, Buenos Aires: Editorial de Belgrano, pp. 283-287.

³ Ídem, “Mitre: un historiador frente al destino nacional. 1943”, *Ibíd.*, pp. 231-273.

⁴ Más allá de una tardía recuperación de la NEH en las conversaciones que Romero mantuvo con F. López en 1976, lo cierto es que una distancia tanto intelectual como profesional e incluso temática lo separa de él. Luna, Félix, (1978), *Conversaciones con José Luis Romero. Sobre una Argentina con*



Si bien hasta entonces sus simpatías socialistas se habían manifestado electoralmente, en 1945 decidió afiliarse al Partido Socialista (PS) ante el desafío político que implicó la emergencia del peronismo.⁵ El triunfo de la fórmula presidencial encabezada por Juan D. Perón en las elecciones de 1946 significó para el PS la pérdida de toda su representación parlamentaria y para Romero la cesantía en sus cargos docentes. Por lo tanto, durante los años peronistas se dedicó a la labor editorial y periodística, a la docencia privada y en la Universidad de la República de Montevideo y, gracias a la obtención de la beca Guggenheim, a la profundización de sus estudios medievales en la Universidad de Harvard; entre otras actividades.

Tras el derrocamiento de Perón, Romero se transformó en una figura pública: vio renovada su militancia en el PS, estuvo al frente de la Sociedad Argentina de Escritores (SADE) y, sobre todo, se destacó por sus labores de gestión y docencia en la Universidad de Buenos Aires (UBA). En el presente trabajo hemos decidido analizar tres dimensiones de su trayectoria en la década que transcurre entre su asunción del rectorado de la UBA, en 1955, hasta su jubilación anticipada diez años después: su actividad universitaria, su militancia política en el socialismo y su trabajo en Historia argentina. El recorte temporal coincide con un período de actividad intelectual febril para Romero, así como de participación en debates de incumbencias tanto universitaria como partidaria pero también de repercusión política más amplia. Tampoco la elección de las dimensiones fue azarosa: responde a los motivos que fueron esgrimidos por sus impugnadores de la llamada “izquierda nacional”. Como advierte Cecilia Blanco,⁶ es necesario tener en cuenta la gravitación creciente del discurso de este sector político-ideológico a la hora de analizar el proceso de revisión inaugurado por el PS en la segunda mitad de la década de 1950. Podemos añadir que los animadores de la izquierda nacional cobran mayor relevancia en la medida que esgrimieron ambiciones historiográficas contestatarias tanto de la corriente tradicional y de la

Política y Democracia, Buenos Aires: Editorial de Belgrano, pp. 17-21 y 32-33. De modo inverso, sucede con Wilhem Dilthey: el distanciamiento que se advierte en la entrevista con Luna no se condice con su referencia previa. *Ibíd.*, p. 25. Con respecto a Mitre, en cambio, la reivindicación se mantuvo, aunque no estuvo exenta de matices. *Ibíd.*, pp. 25-27. Para observar el influjo de Dilthey en Romero: Romero, José L. (1940), *La Revolución Francesa y el Pensamiento Historiográfico*, Buenos Aires: CLES, pp. 3-21; y (1953), “Reflexiones sobre la historia de la cultura”, *Imago Mundi*, Buenos Aires, pp. 3-14.

⁵ Acha, Omar, (2005), *La trama profunda. Historia y vida en José Luis Romero*, Buenos Aires: ECL

⁶ Blanco, Cecilia, (2000), “El partido socialista en los ‘60: enfrentamientos, reagrupamientos y i

Sociohistórica, La Plata, p.11.



revisionista como de la renovadora que Romero encarnaba, y que, en algunos casos, también tuvieron actuación universitaria. Igualmente quisiéramos destacar que en el presente trabajo hacemos un uso amplio de la connotación de izquierda nacional para advertir mejor los encuentros y las controversias que mantuvieron con Romero los diversos grupos o colectivos que suscribieron dicha denominación.

Romero y la Universidad

Bajo el gobierno provisional del general Eduardo Lonardi, Romero fue designado rector-interventor de la UBA. En realidad, luego del golpe, las instalaciones de la UBA fueron tomadas por las agrupaciones estudiantiles, y la Federación Universitaria de Buenos Aires (FUBA) propuso al Ministro de Educación, Atilio Dell’Oro Maini, de confesión católica, una terna de candidatos para el rectorado compuesta por Romero, José Babini y Vicente Fatone. Tanto por sus clases en el Colegio Libre de Estudios Superiores (CLES) como por la dirección de la revista *Imago Mundi* (1953-1956) –de la que todos los ternados formaban parte-, Romero se había convertido en una de las figuras de referencia de la cultura letrada antiperonista y había estrechado sus contactos con la juventud de militancia universitaria.⁷ Si estos factores explican -en parte- la opción de los jóvenes por un candidato que no era graduado ni había sido docente regular de la UBA, para entender las razones de la aceptación de su propuesta por parte del gobierno provisional hay que recordar la situación de fuerza generada por el movimiento estudiantil. Como ha indicado Federico Neiburg,⁸ es posible que, en un primer momento, se haya buscado dividir el botín de la desperonización del campo cultural entre los grupos que habían apoyado a la “revolución libertadora”:

⁷ “Me acuerdo que para que no pareciera un presión, aun estando ya resuelto que yo iba a ser designado, es decir cuando ya Lonardi había dado su consentimiento, el ministro Dell’ Oro Maini le pidió a la FUBA una terna, y la terna se completó con Babini y Fatone. Así que los tres candidatos salían de la revista. (...)”, en Luna, Félix, op. cit., pp. 155-156. Se pueden comparar las consideraciones de Miguel Murmis sobre el compromiso y el prestigio intelectual de Romero, con las apreciaciones de Reyna Pastor, que relativizaba su trascendencia por fuera de ciertos círculos, y de Jorge Lafforgue, que reconocía que su hermano Francisco era más conocido, aún sin negar su trayectoria intelectual, y el respeto y el afecto que despertaba su figura. Lafforgue también resaltaba que el grupo de FFyL era fuerte en la FUBA porque detentaba la presidencia de la Federación. Véanse Toer, Mario (coord.), (1988), *El movimiento estudiantil de Perón a Alfonsín*, Buenos Aires: CEAL, v. 1, pp. 24, 48 y 53; la entrevista a Reyna Pastor, en Archivo Histórico Oral de la UBA (AHO-UBA), 1988, documento 1; y las entrevistas a Jorge Lafforgue, en AHO-UBA, 27 de junio de 1988, 1988, documento 30.

⁸ Neiburg, Federico, (1998), *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Buenos Aires: Alianza (nota 4).



mientras que a los “católicos” se les cedió el Ministerio de Educación y consiguieron instalar en la agenda política la habilitación de las universidades privadas, a los “reformistas” se les concedió la universidad pública.

Aunque su breve gestión –casi ocho meses- estuvo destinada a la reorganización - “desperonización”- institucional, y, en consecuencia, no estuvo exenta de inconvenientes, fue su oposición al auspicio gubernamental del decreto-ley que autorizaba a las universidades privadas a emitir títulos habilitantes, la que lo llevó a renunciar a su cargo. Ciertamente, la actuación de Romero al frente de la UBA fue uno de los motivos más criticados de su trayectoria por parte de los exponentes de la izquierda nacional como Juan José Hernández Arregui,⁹ Jorge Enea Spilimbergo,¹⁰ Jorge Abelardo Ramos,¹¹ Blas Alberti,¹² y Arturo Jauretche, quien con su característica ironía y cuestionando los concursos celebrados en el marco de la intervención universitaria, decía: “la flor de ceibo fue sustituida por la *Flor de Romero*” (Jauretche, 1997: 317).

Con todo, no fue la única vez que Romero dedicó sus esfuerzos a la gestión universitaria. En efecto, en 1962 fue designado decano de la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL) de la UBA con el apoyo de la mayoría estudiantil. Su paso por el decanato tampoco estuvo libre de complicaciones y terminó abruptamente con la presentación de su renuncia y su jubilación como profesor a fines de 1965. Si los incidentes descritos por Omar Acha (sobre la detención y la muerte de un grupo de estudiantes de la Facultad a causa de

⁹ Hernández Arregui, Juan J., (1960), *La formación de la conciencia nacional (1930-1960)*, Buenos Aires: Hachea, p. 483. “Es un hecho que en 1955, un vasto sector del estudiantado argentino festejó jubiloso la vuelta de la universidad libertada. Es también un hecho que José Luis Romero fue el símbolo vivo de esa universidad mártir. El tercer hecho es que después de la euforia de la libertad, la universidad argentina conoció el período más anárquico de su historia (...)”. Ídem, (1958), “FORJA y la inteligencia colonialista”, *Qué*, Buenos Aires, p. 26.

¹⁰ Spilimbergo no dudaba en denostar a Romero calificándolo de “funcionario a sueldo” y de “impávido amanuense” de la “revolución libertadora”. Spilimbergo, Jorge E., (1958), “Socialismo y liberación nacional”, *Política*, Buenos Aires, s/n; y *Juan B. Justo y el Socialismo Cipayo*, (s/d), Buenos Aires: Coyoacán, p. 84.

¹¹ Equívocamente, Ramos concebía la designación de Romero como un premio de “Aramburu” a la “pequeña burguesía universitaria”. Ramos, Jorge A., (1983), *Qué es el FIP*, Buenos Aires: Sudamericana, p. 98. Alguna referencia a la “intervención Romero” también esgrimió en la revista *Izquierda Nacional*, pero con el objeto de denostar a su secretario, Ismael Viñas, en tanto representante de la “pequeña burguesía porteña de izquierda”, Ídem, (1966), “El Ejército Argentino y la teoría de Pavlov”, *Izquierda Nacional*, Buenos Aires, pp. 6-9; y (1974), *La lucha política en un país semi-colonial*, Buenos Aires: Rancagua, p. 180.

¹² “A partir de 1955 la Universidad sufre una muy importante aunque no sustancial transformación. La izquierda tradicional recibirá, como reconocimiento a su alianza contrarrevolucionaria, el tributo de las más altas funciones directivas. José Luis Romero, hombre del socialismo de Juan B. Justo, será nombrado decano de la UBA”. Véase Aguirre, Manuel, (1966), “Universidad y semicolonias”, *Izquierda Nacional*, Buenos Aires, pp. 10-16 (artículo reproducido en Alberti, Blas M., (1974), *Peronismo, Burocracia y izquierda nacional*, Buenos Aires: Rancagua).



actividades guerrilleras en Salta)¹³ fueron los que tuvieron una mayor repercusión pública y es presumible que hayan afectado sobre manera a Romero, lo cierto es que no fueron los únicos. Como ha señalado Pablo Buchbinder,¹⁴ en el ámbito de la FFyL el proyecto de renovación científica y cultural –del que Romero había sido uno de los artífices- encontró límites prácticamente desde su implementación no sólo porque tuvo que compartir espacios institucionales con sectores tradicionales, que en el caso de la carrera de Historia ejemplifican los historiadores ligados a la NEH, sino por la creciente conflictividad política, que tuvo su correlato en un movimiento estudiantil cada vez más dividido y radicalizado.

Como ha indicado Fernando Devoto, la influencia que los historiadores renovadores alcanzaron en la política de la Facultad no tuvo un equivalente en el Departamento de Historia, donde los hombres de la NEH siguieron teniendo el control del Instituto de Investigaciones Históricas y de las cátedras correspondientes a las historias argentinas y americanas.¹⁵ En consecuencia, se apeló a la creación de nuevas materias y espacios, que finalmente fueron homologados por los resquicios del nuevo plan de la Carrera de 1959. Así, pues, desde fines de 1957 Romero se hizo cargo de la cátedra de Historia Social, que en un principio fue incorporada al plan de estudios de la Facultad como materia de la refundada carrera de Sociología y luego también de la de Historia, y en los dos años siguientes organizó el Centro de Estudios de Historia Social (CEHS) y se convirtió en profesor titular de la cátedra de Historia Medieval. En la cátedra y el CEHS Romero contó con la colaboración de Tulio Halperin Donghi como profesor asociado – que ganó el concurso frente a Sergio Bagú-, y de Reyna Pastor, Ernesto Laclau, Haydée Gorostegui de Torres, Alberto J. Pla y Nilda Guglielmi. Además de los antedichos lo acompañaron Alicia Goldman, Margarita Pontieri, Ana María Orradre, María Elena Vela de Ríos, Nicolás Sánchez Albornoz, José Luis Moreno, Leandro Gutiérrez, y Juan Carlos Grosso, entre otros.¹⁶ La experiencia contó asimismo con la participación de historiadores del extranjero

¹³ Acha, Omar, op. cit., pp. 63-69.

¹⁴ Buchbinder, Pablo, (1997), *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires: Eudeba, pp. 207-217.

¹⁵ Devoto, Fernando J., (2006), “Los estudios históricos en la Facultad de Filosofía y Letras entre dos crisis institucionales (1955-1966)”, Fernando J. Devoto (Estudio preliminar y comp.), *La historiografía Argentina en el siglo XX*, Buenos Aires: EAL, pp. 245-270.

¹⁶ Según Pastor -que fue jefa de trabajos prácticos de Historia Social, así como secretaria del responsable de sus publicaciones-, la creación de la cátedra respondió a un proyecto de política univ y la del Centro a la estrategia de crear una carrera paralela en la que se trabajara la historia eco social. Asimismo, daba cuenta del funcionamiento tanto de la cátedra –en la que Romero daba la part



como el *annaliste* italiano Ruggiero Romano y los uruguayos Juan Antonio Oddone, Blanca París y Gustavo Beyhaut.

La compulsión tanto de los programas de Historia Social como de sus publicaciones, en especial de la revista, permiten observar el carácter novedoso de los enfoques y teorías empleadas, así como la tónica de ruptura y el dinamismo que caracterizaron a toda la experiencia y le otorgaron un singular impacto.¹⁷ Con todo, es menester alguna reflexión sobre el programa de historia de la cultura que Romero había presentado en las páginas de *Imago Mundi*,¹⁸ y su relación tanto con la renovación historiográfica de la segunda posguerra como con la experiencia de Historia Social. Si en general las diferencias de intereses y la distancia de Romero respecto del marxismo ya han sido consignadas, no han faltado discusiones en torno a la influencia de *Annales* y de las “nuevas” ciencias sociales en el grupo de Historia Social.¹⁹ Ausentes ambas en la propuesta original de Romero –y acaso también las segundas en sus intereses personales-, no puede aseverarse lo mismo en lo que respecta a sus estrategias profesionales e institucionales, más allá de la complejidad y la reticencia que caracterizaron sus vínculos –ciertamente fecundos- con Fernand Braudel y su interlocutor Ruggiero Romano, así como su interacción con la Sociología y con Gino Germani que ilustra, por caso, el proyecto común sobre el impacto de la inmigración masiva en el Río de la Plata.²⁰ De algún modo, se percibe cierta distancia entre la propuesta

y Halperin, secundado por Gorostegui, se encargaba de la Historia Social Argentina- como del CEHS -en el que los colaboradores dictaban seminarios especiales-. Entrevista a Reyna Pastor, en AHO-UBA, 1988, documento 1.

¹⁷ Se han consultado los programas de la materia del período 1958-1967 disponibles en la biblioteca de la FFyL de la UBA. Mientras que los *Estudios Monográficos de Historia Social* y las *Fuentes para la Enseñanza de la Historia* computaron más de un centenar de ejemplares, la revista *Estudios de Historia Social* contó sólo con dos números -que vieron la luz en octubre de 1965 y en abril de 1966-.

¹⁸ Romero, José L., “Reflexiones sobre la historia...”, op. cit.; y (1954); y “Cuatro observaciones sobre el punto de vista histórico-cultural”, *Imago Mundi*, Buenos Aires, pp. 32-37.

¹⁹ Mientras que Juan C. Korol ha relativizado el influjo de *Annales* en el grupo de Historia Social a favor del de las nuevas ciencias sociales, Fernando Devoto ha preferido señalar el carácter episódico de las relaciones entre los grupos franceses y argentinos a través de sucesivas generaciones, así como la intensidad que adquirieron esos contactos en los años sesenta por medio del intercambio de docentes, de la presencia de artículos de historiadores argentinos en *Annales*, del predominio del grupo francés en los *Estudios Monográficos de Historia Social*, y/o del apoyo financiero brindado por la Asociación Marc Bloch. Korol, Juan C., (1990), “Los *Annales* en la historiografía argentina de la década del sesenta”, *Punto de Vista*, Buenos Aires, pp. 38-42; y Devoto, Fernando, (1995), “Itinerario de un problema: *Annales* y la historiografía argentina (1929-1965)”, *Anuario IEHS*, pp. 155-175.

²⁰ Sobre los desencuentros entre Romero y Braudel, véanse Quattrochi de Woisson, Diana “Entrevista a Ruggiero Romano”, *Todo es Historia*, Buenos Aires; y Devoto, Fernando, “Itinerario problema...”, op. cit., pp. 161-165. Acerca del carácter pragmático de las relaciones entre Romero y Neiburg, Federico, op. cit., pp. 238-240; y, en menor medida, Blanco, Alejandro, (2006),



vertida en *Imago Mundi*, con lo realmente instrumentado en los espacios de Historia Social y, sobre todo, con las preferencias de sus colaboradores, cuya heterogeneidad de adscripciones político-ideológicas quizás no sea un dato menor respecto de los problemas que empezaron a surgir: desde aquellos propios de la competencia profesional y de las preferencias historiográficas, hasta aquellos ligados a cuestiones políticas e ideológicas que asomaron, por ejemplo, con el tema de los subsidios externos para el proyecto de inmigración masiva. De hecho, la emergencia de una corriente marxista, con simpatías en algunos casos hacia la izquierda nacional, atizó las disidencias aludidas y generó no pocos enfrentamientos. El caso más emblemático fue el de Ernesto Laclau que, en diciembre de 1963, se incorporó como parte del Frente de Acción Universitaria (FAU) al Partido Socialista de la Izquierda Nacional (PSIN), liderado por Jorge A. Ramos. Laclau pasó a integrar la Mesa Ejecutiva del partido y, al poco tiempo, a dirigir sus publicaciones: la revista *Izquierda Nacional* y el periódico *Lucha Obrera*.²¹ Por consiguiente, hacia 1965 Romero no sólo tuvo que afrontar los problemas derivados de su actuación al frente de la Facultad, sino también los conflictos que surgieron al interior de los espacios que animaba y los cuestionamientos de algunos de sus colaboradores. Su jubilación anticipada -que dejó a la cátedra en manos de Halperin, secundado por Pastor y Pla-,²² lo situó fuera de la

modernidad: Gino Germani y la sociología en la Argentina, Buenos Aires: Siglo XXI, p. 132. Para considerar tanto las prevenciones como las indicaciones de Romero referentes a las ciencias sociales: Romero, José L., “Humanismo y conocimiento del hombre” e “Historia y ciencias del hombre: la peculiaridad del objeto”, (2008), *La vida histórica*, Buenos Aires: Siglo XXI, pp. 70-74 y 182-201.

²¹ En el comunicado de adhesión figuraban Blas Manuel Alberti, José Luis Fernández, Ernesto Laclau, entre tantos otros. Véase (1964), “El Frente de Acción Universitaria adhiere al Partido Socialista de la Izquierda Nacional”, *Izquierda Nacional*, contratapa. Por su parte, Laclau recordaba que “sentíamos los límites de lo que era una agrupación exclusivamente universitaria (...) Ahí fue cuando empezamos las conversaciones con el grupo de Ramos, con la Izquierda Nacional. Y hubo una especie de coincidencia bastante grande: por ejemplo ellos aceptaron íntegramente las bases programáticas que yo había escrito para el movimiento estudiantil, el documento constitutivo del FAU. Y del otro lado el ramismo daba una interpretación que unía el nacionalismo al marxismo, que era un poco el tipo de cuestión que yo estaba buscando, que estábamos buscando muchos. Entonces se produjo finalmente el acuerdo por el cual nosotros disolvíamos el FAU y entrábamos en el PSIN (...) Pero el PSIN presentó desde un comienzo todos los problemas de la secta.”, en Toer, Mario (coord.), op. cit., pp. 81-82. Finalmente, en noviembre de 1968, Laclau se desvinculó del partido alegando como causas el sectarismo, el ideologismo, la hipertrofia de la propaganda y el alejamiento de la práctica política del ramismo. Véanse Galasso, Norberto, (1983), *La Izquierda Nacional y el FIP*, Buenos Aires: CEAL, pp. 123-124; y Bergel, Martín, Canavese, Mariana y Tossounian, Cecilia, (2004/2005), “Práctica política e inserción académica en la historiografía del joven Laclau”, *Políticas de la Memoria*, pp. 149-158.

²² Al parecer, durante el primer semestre de 1966 se repartieron los temas entre Halperin, Past. Entonces había concursado Juan Carlos Grosso y también estaba José Luis Fernández, militante c. Cuando los dos primeros renunciaron, Pla se quedó con la cátedra –no sin consultar a Romero permanencia- y pidió concurso, por el cual se incorporaron Luis Alberto Romero, Susana Bianci



Facultad cuando se produjo el golpe militar de 1966 y la casi inmediata intervención de la Universidad.

Romero y la militancia socialista

Luego del derrocamiento de Perón, en el PS fueron ganando fuerza las voces críticas como la del propio Romero, que fue elegido presidente del Congreso partidario celebrado en 1956 y miembro de su Comité Ejecutivo un año después, participando entonces en los debates que llevaron a la ruptura del PS a mediados de 1958. De hecho, a comienzos de 1957 en el órgano partidario *La Vanguardia* hizo un llamado a sus correligionarios a ser fieles a las enseñanzas de Justo, un mensaje que el sector ghioldista supuso como un cuestionamiento a su posicionamiento y accionar.²³ Con todo, la polémica estalló a raíz de un reportaje que Romero brindó en Nueva York, en el que se pronunció sobre el líder de la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI), Arturo Frondizi, y sobre su triunfo eventual en las elecciones.²⁴ Américo Ghioldi no dudó en recusar las declaraciones de Romero en las que veía un beneficio para la intransigencia radical así como la postulación de una “intransigencia socialista”, ni en atribuir a su condición de historiador no sólo la imprudencia política de las mismas, sino también su supuesta confusión entre la “realidad” y las “abstracciones de la realidad” (Ghioldi, 1957: 2-3).²⁵ A su regreso de un viaje a Europa, Romero tuvo oportunidad de desmentir el presunto servicio al frondicismo que se

Breton y Marta Calviño. La materia se dictó durante 1967 y 1968 con la anuencia de la intervención y del director del Departamento de Historia, Antonio Pérez Amuchástegui, hasta que en los primeros meses de 1969 no les renovaron las designaciones. Entrevista a Alberto Pla, en AHO-UBA, 10 de noviembre de 1987, documento 90. Los programas de Historia Social de la época presentan algunas modificaciones, como la inclusión de nuevas obras de Carlos Marx y de León Trotsky, entre otras.

²³ Romero, José L., (1957), “La hora del socialismo”, *La Vanguardia*, Buenos Aires, pp. 1 y 3.

²⁴ “Argentina después de Perón” (Reportaje de Daniel M. Friedenberg, en *The New Leader*, Nueva York, 18 de febrero de 1957), en Romero, José L., *La experiencia...*, op. cit., pp. 455-458.

²⁵ La crítica a Romero también se dio en el Uruguay. En el semanario *Marcha*, Einar Barfod defendió dos artículos a denunciar el supuesto “espíritu de abstracción” de Romero en *Introducción al mundo* y un breve trabajo suyo publicado en 1956, aunque aclarando que la elección tanto del autor como de la obra tenía un carácter meramente ejemplar. Véase, por ejemplo, Barfod, Einar, (1957), “Ortega leído por Romero. El espíritu de abstracción y la alucinación intelectual”, *Marcha*, Montevideo, pp. 22-23.



atribuía a sus declaraciones, haciendo profesión de fe socialista y advirtiendo sobre la necesidad de analizar la realidad.²⁶

La actividad pública desarrollada por Romero le dio a su figura una visibilidad que trascendió las filas del propio partido. Desde las páginas de la revista *Qué sucedió en siete días*, Hernández Arregui se encargó de fustigar a Romero no sólo –como hemos visto– por su labor al frente de la UBA, sino por su condición de “intelectual” y de “profesor”, “liberal” y “socialista” –de “un socialismo sin Marx”, “sin clase obrera”– al servicio supuestamente de la “oligarquía”. Sin embargo, su requisitoria se extendió a los planteos historiográficos de Romero y, en particular, a su caracterización de FORJA en la segunda edición de *Las ideas políticas en Argentina*. Mientras Romero refiriendo a la multiplicación de las asociaciones de tendencia fascista sostenía que “simultáneamente se ordenaba un pensamiento nacionalista de tendencia radical en el seno del grupo Forja, pero también allí predominaron grupos filofascistas que seguían a Raúl Scalabrini Ortiz” (Romero, 1956: 238), Hernández Arregui negaba todo ascendiente fascista en el grupo forjista al mismo tiempo que lo caracterizaba como un “movimiento ideológico de la clase media”, de “origen democrático y popular”. En un tono fuertemente condenatorio, Hernández Arregui esgrimía la supuesta formación “mitrista” de Romero así como su representación en la universidad, y advertía que “no es el fascismo de F.O.R.J.A. lo que inquieta al profesor Romero. Como no era la barbarie lo que preocupaba a Mitre. Son las masas populares humilladas ayer y con conciencia histórica, hoy, del destino nacional, lo que les quita el sueño (...)” (Hernández Arregui, 1958: 26-27). Ya en la primera edición de *Imperialismo y cultura* Hernández Arregui nombraba a Romero como parte del elenco de la vilipendiada revista *Sur*.²⁷ Asimismo, en *La formación de la conciencia nacional*, retomaba el diferendo con respecto a FORJA y, a través de algunas concepciones de Luis Dellepiane, intentaba confirmar que “en FORJA no había nazis. Para sorpresa de los José Luis Romero y tutti

²⁶ (1957), “Formula Declaraciones a su Regreso de Europa el Prof. José Luis Romero”, *La Vanguardia* Buenos Aires, pp. 1-2; y Romero, José L., “El socialismo es el camino”, en *La experiencia argent.* cit., pp. 463-468.

²⁷ Hernández Arregui, Juan J., (1957), *Imperialismo y cultura (la política en la inteligencia a.* Buenos Aires: Amerindia, p. 165 (nota al pie).



frutti, historiador de las ideas y de la E. Media, que no estudia los textos correspondientes aunque rinde pleitesía a Mitre y a Carlomagno” (Hernández Arregui, 1960: 358-359).²⁸

La división del PS se produjo en el marco del Congreso partidario celebrado en junio de 1958, y dio lugar a la conformación de dos agrupaciones que se identificaron con las denominaciones de Partido Socialista Argentino (PSA) y Partido Socialista Democrático (PSD). Romero se integró a la primera, cuyo sello distintivo fue la heterogeneidad. En efecto, en el PSA confluyeron grupos de orientación más tradicional –que, en general, coincidían con los sectores de antigua militancia- con grupos juveniles más radicalizados que contaron con la participación excepcional de Romero, quien tuvo a su cargo la presentación de la efímera revista, *Futuro Socialista*, en la que ensayó una autocrítica limitada en la medida que seguía caracterizando al peronismo como una forma de fascismo.²⁹

Nuevamente un exponente de la izquierda nacional se encargó de recusar el llamado de Romero a volver a Justo, su diagnóstico sobre la desvinculación entre los trabajadores y los socialistas, y su caracterización del peronismo como fascismo. Si bien Spilimbergo saludaba el reconocimiento por Romero del aislamiento partidario así como la legitimidad de la escisión, entre los cargos que formulaba a los socialistas, en general, y a Romero, en particular, se destacaban la incomprensión teórica de los grandes movimientos sociales y nacionales, y su incapacidad de combinar las reivindicaciones nacionales de un pueblo sometido al imperialismo con las reivindicaciones sociales del proletariado. En términos denigratorios, Spilimbergo hacía suya la requisitoria de Ghioldi sobre su supuesta abstracción de la realidad.³⁰ Aunque ambas fueran objetos de reprobación, su intervención también reconocía tanto la relación discipular de Romero con Justo, como su relación con la juventud socialista.³¹ Estos argumentos fueron retomados en las obras que Spilimbergo dedicó a cuestionar la trayectoria del socialismo en la Argentina, postulando la relación de Romero con Justo y objetando su colaboración con los gobiernos militares de 1955 y su

²⁸ La figura de Romero era asimismo recusada en su condición de “intelectual *libre* y socialista” y por sus gestiones al frente de la UBA y de la SADE. *Ibíd.*, p. 483.

²⁹ Romero, José L. (1958), “Estudio y militancia”, *Futuro Socialista*, Buenos Aires: CCJS, pp. 3-4.

³⁰ “La posición metodológica de Romero es la de los racionalistas dieciochescos fustigados por Marx, por quienes el mundo se habría ahorrado veinte siglos de *tiranías* y de insensata historia, si los salvadores se hubieran descubierto antes”. Spilimbergo, Jorge E., “Socialismo y liberación nacional” s/n.

³¹ *Ibíd.* Asimismo, *Ídem*, (1958), “El librecambista Juan B. Justo”, *Política*, Buenos Aires, s/n.



equivoca caracterización del peronismo.³² Con todo, no fueron diatribas unilaterales contra nuestro autor, sino más bien una literatura dedicada tanto a denunciar los desencuentros de las izquierdas con la cuestión nacional, como a aleccionar y ganar la adhesión de la juventud socialista para la izquierda nacional.³³ En efecto, en el PSIN convergieron el grupo de Ramos y núcleos obreros y estudiantiles independientes, pero también sectores escindidos del Partido Socialista Argentino de Vanguardia (PSAV) –producto de la división del PSA en 1961-. Aunque partían de un mismo diagnóstico: la desvinculación entre el PS y los trabajadores, Romero reivindicaba la vigencia de las enseñanzas del fundador del PS, mientras que Spilimbergo llamaba a revisar la “tradición juanbejustista”. Por su parte, Ramos también impugnó la trayectoria del PS en el reportaje preparado por Carlos Strasser acerca de la posición de las izquierdas en el proceso político argentino. Si bien Ramos daba cuenta de la situación cismática que había vivido el partido en 1958 y cifraba alguna esperanza en que la tendencia animada por Alfredo Palacios abriera la discusión sobre la naturaleza del peronismo, también advertía que “si se pretende agotar la cuestión como lo hace el medioevalista [sic] José Luis Romero, planteando el dilema *burguesía o proletariado*, no se avanzará un solo paso” (Strasser, 1959: 190).³⁴

Como otros dirigentes del partido, Romero viajó a Cuba en 1960 y dejó un testimonio positivo de su visita a la isla en la revista *Situación*.³⁵ Con todo, al interior del PSA fue ganando terreno el sector juvenil que no sólo articulaba su discurso en torno a la cuestión cubana y la relectura del peronismo sino que mantenía contactos con sectores del Partido Comunista. A pesar de la elección de Palacios como senador nacional, entre mayo y junio de 1961, el PSA se escindió. Romero adhirió al futuro PSAV, pero su desacuerdo total con el apoyo dado a la fórmula peronista encabezada por Andrés Framini en las elecciones provinciales de 1962, lo alejó temporalmente de la militancia. Si bien su respaldo hasta

³² Spilimbergo, Jorge E., *Juan B. Justo y el Socialismo...*, op. cit., pp. 84-85.

³³ Murmis recordaba que: “Spilimbergo, que fue después del Partido de la Izquierda Nacional, en los debates de la federación [FUBA] mediante unos discursos larguísimos”, expresaba “que lo que él quería no era que nos hiciéramos peronistas, pero que había que entender a ese fenómeno social y tratar de acercarse a la clase obrera aun diciéndoles que uno no era peronista, lo que se podía hacer si se expresaba comprensión de los rasgos progresistas del fenómeno peronista.”, en Toer, Mario (coord.), op. cit., p.40.

³⁴ Romero y Palacios también eran impugnados como los “dirigentes adecuados” de la “pequeña burguesía” al servicio de la “clase terrateniente” “para teñir de progresismo su reaccionarismo cerril!”. Ramos, Jorge A. (1973), *Marxismo para latinoamericanos*, Buenos Aires: Plus Ultra, p. 11.

³⁵ Romero, José L., (1960), “Cuba, una experiencia”, *Situación*, pp. 28-29. Con motivo de la conmemoración del sesquicentenario de la revolución de Mayo, se publicó en la revista un extracto de *Las ideas políticas de Argentina* de Romero.



entonces se puede explicar, más que por cuestiones políticas, por el peso de los vínculos personales y académicos, fueron relaciones complejas en virtud de la diferencia generacional y de la distancia cultural.

Romero y la historia argentina

Como ha señalado Jorge Myers,³⁶ con *Las ideas políticas en Argentina*, publicada en 1946, Romero efectuó su primera incursión de envergadura en el campo de la historia argentina – y de sus dilemas-, promoviendo una ocupación -y preocupación- por la historia y los problemas contemporáneos de Argentina que, en realidad, lo acompañó el resto de su vida. La segunda edición, de 1956, mantuvo no sólo la advertencia para la primera edición y el epílogo en el que se declaraba hombre de partido –reivindicado en la entrevista con Félix Luna,³⁷ sino substancialmente la organización de la obra; y fue aumentada con el capítulo IX titulado “La línea del fascismo”, referido al período 1930-1955 y escrito al calor de la revolución libertadora. El trabajo no presenta entonces mayores cambios y correcciones, salvo por la menor hostilidad hacia el radicalismo.³⁸

En cualquier caso, desde las primeras páginas del trabajo Romero reconocía tanto su deuda con la bibliografía histórica precedente como su intento de síntesis y de nueva periodización. Las tres etapas propuestas –“la era colonial”, “la era criolla” y “la era aluvial”- organizan una obra en la que se reconoce la omnipresencia de una visión dicotómica y la combinación de interpretaciones canónicas. Si se puede afirmar que la dicotomía autoritarismo – liberalismo y el desencuentro entre la estructura institucional y la realidad recorren con su fisonomía cambiante todas las etapas que se analizan en el libro, no lo es menos que responden a la interpretación binaria de la historia argentina que

³⁶ Myers, Jorge, (2004), “Pasados en pugna: la difícil renovación del campo histórico argentino entre 1930 y 1955”, Federico Neiburg y Mariano Plotkin (comp.), *Intelectuales y expertos: la constitución del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires: Paidós, p. 93.

³⁷ Luna, Félix, op.cit., pp. 95-96. Una tercera edición de la obra citada se publicó en 1959.

³⁸ En la primera edición de la obra, con motivo del golpe de Estado de 1930 Romero afirmaba: “Pero el dado estaba tirado. La oligarquía que desalojó al radicalismo del poder se instaló en él con la fiera prepotencia de quien rescata un bien perdido; y sabiéndose y declarándose ‘minoría selecta’, se enorgulleció del fraude electoral que le permitió legitimar, poco después, su asalto al poder.”. Enseguida, agregaba: “Así culpamos un régimen sin control, que no supo aprovechar el apoyo del pueblo para robustecer las instituciones democráticas.”. En la edición de 1956 y en las ediciones siguientes ambas citas fueron suprimidas.
Romero, José L., (1946), *Las ideas políticas en Argentina*, México: FCE, p. 226; y (1956), *Ibíd.*, p.



propuso José Ingenieros en *La evolución de las ideas argentinas* –reacción-progreso-. De algún modo, en la imagen negativa del mundo colonial que presentaba Romero se advierten los ecos de las lecturas de la generación de 1837 –en especial, de Esteban Echeverría y de Domingo F. Sarmiento-, de Vicente F. López, de los positivistas –de Ingenieros y de Carlos O. Bunge en *Nuestra América*-, y/o de Juan Agustín García en *La ciudad indiana*; así como en su análisis de la etapa criolla es posible encontrar los motivos de Bartolomé Mitre en la *Historia de Belgrano* –democracia orgánica u doctrinaria y democracia inorgánica, y la dicotomía masas-élites-, de Sarmiento en el *Facundo* –la antítesis ciudad-campaña y el ascendente de las masas rurales-, de Ernesto Quesada en *La época de Rosas* –la idea de Rosas como unificador del país-, de Alejandro Korn en *Influencias filosóficas en la evolución nacional* –la idea de la generación del 37 como síntesis- y de Juan Álvarez en *Las guerras civiles argentinas* – las disquisiciones sobre el medio social y el latifundio-; entre otros temas. Si bien ya en su estudio de la época criolla el entramado social se torna más visible, es con el pasaje a la “era aluvial” que se advierte el cambio de registro y la insuficiencia de algunas lecturas tradicionales, por ejemplo, en lo que respecta a la generación del 80. Aunque ésta última pueda ser catalogada como la parte más original de la obra –sobre todo, cuando el autor aborda las transformaciones sociales a causa de la inmigración masiva-, cabe aclarar que no fue ajena a las marcas del ensayismo de interpretación nacional, por caso, de Ezequiel Martínez Estrada.

Si bien su concepción del peronismo como fascismo fue el motivo –como hemos visto- de asidua y de mayor recusación, no faltaron otras admoniciones. De hecho, Hernández Arregui veía en *Las ideas políticas en Argentina* “el pensamiento de Mitre maquillado por Romero”. Desde luego, recusaba el sentido general del proceso histórico relatado por Romero y condenaba su supuesta hispanofobia, elitismo e incompreensión de las masas populares, así como la ausencia de toda mención de la penetración imperialista (Hernández Arregui, 1958: 26-27). Por su parte, Ramos, que no escatimaba esfuerzos en denostar las ideas históricas de Juan B. Justo “prestadas del mitrismo”, hacía extensivas sus críticas a Romero en tanto “izquierdista profesor” que en el libro citado habría tomado “partido por la burguesía porteña contra las masas del interior”, y sentenciaba: “En Cuba es castrista, y mitrista en la Argentina. Es un perfecto modelo universitario en el género” (Ramo



41-42 y nota 4bis).³⁹ Si algunas de las críticas no hacían justicia al intento de comprensión del mundo rural ensayado por Romero, tampoco eran del todo equitativas en la circunscripción de su interpretación a la línea propuesta por Mitre.

Si bien en 1956 Romero también publicó *Argentina: imágenes y perspectivas*, el volumen era una compilación de ensayos previos. Por consiguiente, hubo que esperar hasta 1965, año en que se publicaron tanto *Breve historia de la Argentina* como *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*. El primero de los trabajos responde a una concepción manualística y de alta difusión. Con todo, no se privó de advertir acerca de la presencia en la obra -“pensada y escrita en tiempos de mucho desconcierto”- de “juicios que pueden parecer muy personales” (Romero, 1965: 4), ni de reproducir, en líneas generales, el esquema de *Las ideas políticas en Argentina*, con la inclusión de una muy breve “era indígena” y un capítulo final de tono desconcertado dedicado a la revolución libertadora. En efecto, en el nuevo trabajo no hay mayores innovaciones interpretativas, ni siquiera cuando abordaba la “era aluvial” y, en particular, el peronismo, dando cuenta no sólo de la demagogia y el autoritarismo sino de la política obrera -aunque subrayando sus límites y debilidades-. La segunda obra fue un encargo, que nos remite nuevamente a las “relaciones entre la realidad social y las corrientes de ideas y opiniones”, un enfoque ya propugnado en *Las ideas...* (Romero, 1987: 10). Se trataba de una historia de las ideas desde 1880 hasta 1939 aproximadamente, en la que confería un lugar privilegiado a los intelectuales socialistas no marxistas como Justo y Palacios -en el caso de éste último quizá sobredimensionando su presencia al tiempo que haciendo justicia a su originalidad-,⁴⁰ sólo superado por Ricardo Rojas y Alejandro Korn, e igualado por Ingenieros, Ortega y Gasset, Sarmiento, Juan B. Alberdi, García, entre otros. Tampoco faltaron palabras de elogio para Germani y Saúl Taborda, ni una mención circunspecta de la labor de Rodolfo Puiggrós y de Eduardo Astesano.

³⁹ En la edición previa de la obra Romero era, en cambio, presentado -o denostado- como un “medioevalista” “en un país que vivió entre lanzas emplumadas hasta el siglo XX”, y como una expresión de la “sobrestimación de lo europeo y la formación de una intelectualidad traductora”. Ídem, Buenos Aires, La Reja, 1961, p. 445. De modo similar, Fermín Chávez catalogaba a *Las ideas...* entre los ejemplos “de denigración de lo original en provecho de lo espurio”, Chávez, Fermín, *Civilización y barbarie en Argentina*, Buenos Aires, Theoria, 1974, p. 41.

⁴⁰ Acha, Omar, op. cit., pp. 79 y 81; y Halperin Donghi, Tulio, (1996), “José Luis Romero y su historiografía argentina”, *Ensayos de historiografía*, Buenos Aires: ECA, p. 100.



Desde las páginas de *Lucha Obrera*, Martín Barrientos –seudónimo de Martín Raventos-, realizó un comentario bibliográfico sobre *Breve historia de la Argentina*, en el que cuestionaba su brevedad y la filiación de sus “opiniones” con las ya vertidas en *Las ideas...*, caracterizadas como “una síntesis de la leyenda mitrista de la historia argentina decorada con algunas posturas *de gauche*” e inscriptas en una línea histórica “Mayo-Caseros-José León Suarez” “para dar una idea más gráfica y actual de su contenido político”. Nuevamente eran impugnadas sus concepciones sobre Yrigoyen, FORJA y el peronismo, así como su supuesta glorificación de “Rivadavia, Mitre, Alem, Justo, la Unión Democrática, Aramburu y Rojas”. Asimismo, acusaba a Romero de “mala fe intelectual”, atribuyéndolo un desconocimiento de los aportes interpretativos y documentales de los revisionistas, y le sugería volver “a la Edad Media” (Barrientos, 1966: 4).

Ahora bien, más allá de la violencia de las críticas apuntadas, parecería que Romero no fue objeto de un ataque contumaz por parte de la izquierda nacional, o por lo menos no lo fue más que otros referentes de la renovación universitaria –del estigmatizado “cientificismo”- como, por caso, Germani y sus colaboradores. Si bien esto no quiere decir que no haya sido impugnado en tanto historiador como un representante de la historiografía liberal, ni en tanto socialista como un exponente de una tradición antinacional, las críticas no dejaban de ser funcionales a los objetivos políticos de sus detractores, ni de estar referidas –en algunos casos- a cuestiones meramente personales. Lo cierto es que no tuvieron una respuesta pública de Romero.⁴¹ Por otra parte, así como son sugerentes los nombres de sus críticos, no lo son menos algunas ausencias como, por ejemplo, la de Rodolfo Puiggrós.

Reflexiones finales

Para concluir: dos últimas observaciones. La primera, responde a la multiplicidad de facetas y de dimensiones que presenta Romero y, en consecuencia, a las dificultades que implica la reconstrucción de su itinerario y de sus encrucijadas. Estas últimas se presentan casi como dilemas en la medida que nos sugieren más preguntas -o problemas- que respuestas: en torno a sus auténticas ambiciones políticas y su colocación ambigua al interior del PS, o

⁴¹ Tal vez sea una excepción un artículo tardío –de 1973-, donde cuestionaba a la literatura sobre el “ser nacional”. Romero, José L., “Las ideologías de la cultura nacional”, en *La experiencia argent.* cit., pp. 121-130.



sobre su capacidad para articular proyectos personales en un marco institucional. Acaso la tensión entre formas y fuerzas que recorre *Las ideas políticas en la Argentina* también sirva para comprender los equívocos de su itinerario.

Como quiera que sea, Romero tenía la convicción de que estaba constituyendo una escuela.⁴² Si los límites fueron inherentes al proyecto y/o si fueron dados por las disidencias dentro del progresismo, lo cierto es que dejaron prácticamente sin discípulos al singular maestro.

Referencias bibliográficas

Barrientos, Martín, (1966), “Una historia acipayada del profesor Romero”, *Lucha Obrera*, 23, Buenos Aires, p. 4.

Ghioldi, Américo, (1957), “La Intransigencia no es Camino”, *La Vanguardia*, Buenos Aires, pp. 2-3.

Hernández Arregui, Juan J., (1958), “FORJA y la inteligencia colonialista”, *Qué*, Buenos Aires, p. 26-27.

-, (1960), *La formación de la conciencia nacional (1930-1960)*, Buenos Aires: Hachea.

Jauretche, Arturo, (1997), *El medio pelo en la sociedad argentina (Apuntes para una sociología nacional)*, Buenos Aires: Corregidor.

Ramos, Jorge A., (1965), *Revolución y Contrarrevolución en Argentina. Historia de la Argentina en el Siglo XIX*, Buenos Aires: Plus Ultra, vol. I.

Romero, José Luis, (1956), *Las ideas políticas en Argentina*, Buenos Aires: FCE.

-, (1965), *Breve historia de la argentina*, Buenos Aires: Eudeba.

-, (1987), *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*, Buenos Aires: Biblioteca Actual.

Strasser, Carlos, (1959), *Las izquierdas en el proceso político argentino*, Buenos Aires: Palestra.

⁴² Romero, José L., (1965), “Presentación”, *Estudios de Historia Social*, 1, Buenos Aires, p. 4.

